

misario de policía; enseñaba, y también regalaba, joyas de mucho valor; dábale por hombre muy entendido en pinturas, y tenía algunos cuadros que descubría con aire de misterio únicamente á personas dotadas de mucha inteligencia en este arte, modo muy á propósito para atraerse la admiración. Tratando con personas distinguidas, afectaba una escésiva franqueza, y conservaba el mismo tono cuando intervenía en las grandes tertulias; estimulaba la curiosidad con narraciones muy singulares, asegurando haber presenciado los acontecimientos más remotos. Quizás no era más que un espía; pero aquellos animales de parisienses, según el nombre con que el conde de Saint-Germain les regalaba, no dudaron que tenía doscientos, quinientos y aun mil años, y que se había encontrado entre los que asistieron al banquete de las bodas de Canaán, habiendo prolongado su vida por tantos siglos mediante un elixir de inmortalidad.

En aquella misma época logró también un triste renombre Casanova, natural de Venecia, que en las ingeniosas memorias (1) que nos dejó escritas, hace competir el cinismo de las frases con la inmoralidad. Adquirió también mucha celebridad Estéban Zonowic, garitero y estafador, que se jactaba de descender de Scanderberg y de ser príncipe de Albania, autor de un crecido número de escritos, tanto en idioma italiano como en francés. Este impostor, que encontró en Oriente, en Alemania y en los Países Bajos personas que prestaron fe á sus dichos, y que sacó cantidades muy crecidas á varias cortes y á algunos comerciantes holandeses, últimamente fué arrestado en Amsterdam por

[1] Entre sus diversas aventuras, que refiere escandalosa y francamente, queremos referir la siguiente. A una anciana opulenta la hizo creer que conservaba un licor mágico, que tenía la virtud de rejuvenecer. Para ponerle de manifiesto la verdad de su aserto, llevó á su casa á una jovencilla prostituta, disfrazada de vieja, la hizo colocar en un lecho en presencia de la misma anciana, y habiéndole dado á beber el supuesto licor mágico, se la enseñó en seguida lozana y trasformada en joven de diez y ocho años. La pobre anciana le brindó con sus tesoros, y puso sus cofres á disposición de Casanova para alcanzar igual resultado. El, mandándola acostar, le administró un fuerte brebaje soporífero, y luego que la vió adormecida le quitó todo el oro y todas las joyas y alhajas que mejor quiso. Pero no es este el término de la historia: habiendo entregado todos aquellos objetos á un criado en quien confiaba, y que le aguardaba á la puerta, le dijo que fuese á esperarlo á una hostería poco distante de París, mientras él daba una gratificación de cincuenta lises á la ramera su cómplice. Esta cobró su dinero según el ajuste; pero Casanova buscó inútilmente á su criado, y no volvió á encontrarle jamás, quedando sin blanca y groseramente burlado, después de haber puesto en juego una tan larga astucia para engañar.

deudas y trampas fraudulentas, en donde se suicidó (1785) por salvarse de la horca, mientras que había ido á aquella ciudad con objeto de pedir un millon, que pretendía en recompensa de algunos servicios que decía haber prestado.

Nos sería muy fácil dar más extensión á esta lista, dejando también aparte al rey Teodoro; pero creemos más á propósito hablar ahora de Antonio Mesmer. Habiéndose aplicado este varón, natural de Merseburgo (1734—1815), al estudio de las doctrinas neurológicas, probó que los planetas tienen influencia sobre los nervios, y en Viena se sirvió de la piedra imán como medio de curación para las enfermedades. Cierta fraile nombrado Hell, que usaba del mismo método, lo culpó de habérselo apropiado; pero Mesmer dijo que no necesitaba imán, y que podía tener los mismos resultados mediante el magnetismo animal que escitaba con el tacto en modo y forma particulares. El nuevo método adoptado por Mesmer, hizo mucho ruido; sabios de grande nota lo desaprobaron, al paso que otros de igual nombradía lo sostuvieron. Este varón con su método atraía el sueño, desopilaba, devolvía la vista á los que la tenían perdida, libertaba de la oftalmia al profesor Baner de Viena, y de la parálisis al director de la academia de ciencias de Munich. Mesmer con su arrogante figura, con su elocuencia y con su inspiración, llegó á cautivar la imaginación de todos; y teniéndose por un prodigio aquel único principio que él anunciaba para la curación de todos los males, se le colmó de aplausos y se le proclamó un verdadero amigo de la humanidad, porque prometía sustraerla del poder de los médicos.

El haberse reproducido hoy el magnetismo animal bajo otras formas, nos pone en la precisión de no vilipendiarlo; diremos, sin embargo, que también en nuestros días, á pesar de que ha tomado un aspecto científico, le ocasiona perjuicio el haber servido en otra época para ilusionar con charlatanerías. Mesmer tuvo un crecido número de secuaces en Alemania, porque á la sazón en aquel país estaban en moda las enfermedades atribuidas al demonio, y había un sin número de taumaturgos y poseídos. El médico Selle, dotado de vastísima erudición, después de haber hecho largos experimentos en el hospital de Berlin, aseguró haber sacado por resultado de sus observaciones, que las fricciones pueden producir un sueño artificial, y que durante aquella especie de letargo algunos no dejaban de hablar aun cosas que callarían despiertos, y de comprender algunas veces más claramente ciertas alteraciones de su organismo; pero que no tiene visos de verosimilitud que den respuestas cabales sobre materias desconocidas, ni por lo tanto sobre los remedios que les son convenientes (1).

[1] *Conspicuum verum quæ in patologia medicali pertractantur.* Has. 1789—1790.

Fuó esto lo que acació en Alemania. Mesmer, disgustado de la oposición que le hacían sus contradictores, pensó en emigrar, y habiendo logrado una recomendación del ministro de Viena para el embajador de S. M. Cesárea en París, fijó su residencia en esta capital. A su llegada nada daba pábulo á la curiosidad francesa, pues los negocios públicos y las disputas encarnizadas entre molinistas y jansenistas, que habían ocupado los ánimos, no eran ya objeto de discusión. Los descubrimientos habían avezado á creerlo todo posible, y la manía que se había apoderado de aquella sociedad, que pretendía conocerlo todo, confundía al químico con el droguero, al físico con el charlatan. Por lo cual aquellos mismos, que habían titubeado en dar crédito á los fenómenos producidos por la electricidad, luego que disipan todas sus dudas acerca de su existencia, prestaban fe á todas las exageraciones de los embusteros; y los que habían escarnecido á los convulsivos de San Medardo, creyeron en Mesmer, que convertía á los hombres en verdaderas máquinas eléctricas, en que lo superfluo de uno descargándose sobre el otro, proporcionaba salud y ciencia. Mesmer logró nombradía en París, porque en aquella ciudad alcanzaban fama todas las novedades; los parisienses concurrían en tropel á sus reuniones, donde se ejecutaba la operación de magnetizar á cada cual por sí según los métodos conocidos, ó á muchos que asiéndose de las manos se colocaban en una habitación, que se llamaba la *Cámara de la crisis*, en torno de una gran cuba de la que salían varas de hierro, que servían de conductores para llegar el fluido magnético á los individuos. Así los médicos como los filósofos, tanto Lafayette como Bergasse, lo mismo el esclarecido parlamentario D'Espréménil que el naturalista Jussieu prestaron crédito á este sistema. El médico D'Eslon se declaró su apóstol, modificando tan solo los métodos; el marqués de Puysegur lo propaló en Soissons, en Bayona, en Burdeos, y fué el primero que con sus observaciones llegó á conocer la escitación intelectual y la claridad perceptiva que suelen acompañar á la magnetización. Los adeptos al sistema de Mesmer echaron los cimientos de la *sociedad de la armonía* con objeto de difundir el mesmerismo. (1) El gobierno francés brindó á Mesmer en

[1] Cuando Mesmer disfrutaba de gran fama, el abate José Limon Canini, natural de Venecia, dió á luz una disertación poniendo de manifiesto que él había precedido á Mesmer en el descubrimiento, y que había enseñado al médico judío Landadio Cases, de Mantua, el método de hacer prodigiosas curaciones por medio de los efluvios magnéticos. Canini, no era hombre vulgar, y el senado de Venecia le hizo la asignación de diez ducados mensuales por haberle presentado un imán artificial y una aguja inclinatoria.

el año de 1781 con una pensión de veinte mil francos, siempre que quisiese comunicar su secreto á tres doctos varones; pero él rehusó tan mezquina cantidad: una comisión de académicos lo calificó de charlatan; pero una suscripción que abrieron en su favor los que habían recuperado la salud por su medio, dió una suma de trescientos cuarenta mil francos.

El conde de Cagliostro (1743—1795) supo sacar gran partido de todos los mencionados artificios. Dicese, que era natural de Palermo, que se llamaba José Bálsamo, y que empezó sus supercherías con estafar á un platero sesenta onzas de oro, prometiéndole que le descubriría un tesoro oculto (1).

(1) Son muchos los que han hablado del tan célebre conde de Cagliostro; pero nosotros, sin tomar en consideración lo que han escrito sobre el particular diversos autores, referiremos algunos hechos especiales y bastante conocidos en Sicilia, nuestra queridísima patria, y por su desdichada cuna también del mencionado Cagliostro.

Este varón, que ha esparcido por el mundo la fama de sus maldades, era natural de la ciudad de Mesina, y pertenecía á una familia noble, pero muy escasa en bienes de fortuna. Desde sus primeros años manifestó un ingenio muy precoz y sutil, pero todas sus acciones lo daban á conocer por un gran embustero. Hallándose todavía en el primer abril de sus años, desapareció de su patria sin saber de qué modo ni con cuáles medios. Pasado al continente se supo que viajaba regaladamente, y que se daba á sí mismo ya el título de marqués, ya de barón, ya de conde.

La primera de las malas artes que aprendió, fué la de falsificar letras, y luego, para tener una subsistencia más asegurada, se casó con una lindísima joven, dotada de un talento superior; según dicen algunos, esa misma, á quien titulaba su mujer, no era más que una manceba. El hecho es, que estando en Londres, sacó sumas muy cuantiosas por medio de esa mujer ó mozueta que llevaba consigo; pero en aquella gran capital le sucedió un lance doméstico poco agradable, y que contribuyó quizás á hacerle abandonar Londres.

Vivia en Palermo cierto abogado, natural de aquella misma ciudad, llamado José Cannizzaro, que por lo vasto de sus talentos, por sus conocimientos, por sus finos modales y por su elegancia era el ídolo de todos sus amigos y clientes. Obligado á emigrar por asuntos políticos, fué á Londres en donde estaba á la sazón Cagliostro, á quien había conocido en Sicilia. Fué, pues, á buscarle, y le encontró hecho un hombre de mucha importancia, rodeado de las personas más ricas y distinguidas del país. Cagliostro acogió á su amigo y compatriota con grande agasajo, y generosa y cordialmente quiso también que se hospedara en su casa. Pero si Cagliostro le prodigó tantos halagos, su mujer se enamoró instantáneamente de Cannizzaro, y resistiendo *con poco juicio* á los consejos de su consorte, que quería que su elección recayera

Recorrió muchos países y aseguraba haber recorrido muchas otras; mudaba á cada paso de nombre y profesion, y buscaba fortuna con sus preparaciones químicas, con sus embustes, con sus estafas al juego y con prodigar torpe é interesadamente las gracias de su mujer. En Estrasburgo fué acogido con gran triunfo (1780), y en esta ocasion mostró merecerlo todo por sus actos benéficos, curando enfermos sin remuneracion ninguna, manifestándose cariñoso con los necesitados y altivo con los ricos, á quienes despreciaba, á pesar de que acudían en gran multitud á consultarle. Habiendo fijado posteriormente su residencia en Paris, no contentándose con sanar enfermos, evocaba los difuntos con tanta destreza, que el naturalista Ramond, que se le podía calificar mas bien de discreto que de tonto, quedó convencido de su habilidad. Ultimamente, llegado á Roma, fué encarcelado con su esposa, culpado de masonería y robos, y condenado al extremo suplicio, cuyo castigo le fué conmutado luego en el de prision perpetua.

Antes de haber llegado sus infaustos dias, habia sabido granjearse la confianza del gran limosnero de Francia, Luis de Rohan. Este prelado, de costumbres estragadas, petulante y frívolo, siendo embajador en Viena, no dió mas emolumentos á sus familiares que las utilidades del contrabando que les permitia ejercer, y se encenegó en un abismo de deudas y maquinaciones; pero, no obstante su mala fama, fué elegido cardenal por ser de real alcurnia. Decia, que no podía llegar á comprender cómo un hombre obsequioso podía arreglarse á vivir con menos de un millon doscientos mil francos de renta: y habiéndosele hablado de una quiebra de cuantiosísimos intereses, exclamó: "Bancarotas semejantes no están permitidas sino al monarca y á los Rohan."

mas bien sobre personas ricas, como hasta entonces lo habia verificado, aquella honestísima señora se obstinó en su capricho; por lo cual Cagliostro, armándose de rigor, preparó un veneno para suministrarlo á Cannizzaro en una taza de chocolate. Su mujer lo averiguó á pesar del mucho secreto que guardó su consorte en hacer esta operacion; pero sin dárselo á conocer, cuando fué servido el chocolate hizo á Cannizzaro una disimulada seña con los ojos. Este lo comprendió todo, y fingiendo acalorarse en la conversacion, dejó caer la taza de las manos, y despues exclamó para que Cagliostro no sospechara nada: "Diantre, con vuestros discursos me habeis exaltado hasta el punto de hacerme perder el desayuno." Despues de este hecho, Cannizzaro no volvió mas á casa de su buen amigo, el cual, cayendo en lo que podía haber pasado, y no sabiendo á qué atenderse, porque temia que Cannizzaro revelase su atentado, creyó que le convenia salir cuanto antes de Lóndres, y así lo verificó. [Nota del traductor].

Parecíale un bochoro, que en su calidad de hombre galante y de personaje muy principal, no hubiese podido alcanzar jamas la gracia de María Antonieta, y esto heria aun mas su vanidad, por estar persuadido de que la reina era un obstáculo á su nombramiento de primer ministro, que anhelaba con afán. Cagliostro, que le prometió inspirar por artes ocultas pasion en el corazon de la reina, le hizo caer en sus lazos y urdió la trama de tamaña intriga con la condesa de La Mothe de la estirpe de los Valois, miserable en bienes de fortuna, seductora y de costumbres corrompidas.

Luis XV habia comisionado á Bohemer, diamantista de la corte, que le hiciera un collar de coste de dos millones de francos para la impúdica Barry; pero habiendo acaecido entonces la defuncion de aquel rey, Bohemer se ofreció á darlo á María Antonieta por la cantidad de un millon seiscientos mil francos. Luis XVI, asustado por lo escésivo del precio, no titubeó en rehusar el partido que se le ofrecia; pero María Antonieta siguió en el mismo deseo. La condesa de La Mothe dijo á Rohan, que la reina le habia encargado suplicarle para que le comprara aquel collar, cuyo importante servicio se proponia recompensar con un gran favor, y que ademas se obligaba á pagar á plazos su coste. Para asegurarle, pues, la verdad de su encargo, le presentó una esquila firmada por María Antonieta (1). Rohan se quedó muy satisfecho: en ver tan lisonjeadas su vanidad y lascivia: entre tanto se hizo de modo por La Mothe y Cagliostro, que una ramera nombrada Oliva, figurase la reina en una entrevista nocturna, que efectuó aquel prelado en uno de los bosques del jardin de Versalles. Se compró, pues, el collar, que fué entregado á la misma La Mothe para que lo diera á la reina; pero aquella lo llevó á Lóndres, en donde lo vendió.

Trascurrido el primer plazo, el diamantista reclamó lo que correspondia segun lo estipulado, y el cardenal, no encontrándose dispuesto por falta de medios á satisfacerlo, le insinuó que hablase á la reina sobre el particular. Descubrióse entonces toda la intriga, y las indignas esperanzas del cardenal; Luis, en vez de sepultarlo todo en el silencio, se dejó arrastrar por el resentimiento, y publicó un hecho que podía haber conservado el carácter de un escándalo doméstico (1785). Rohan fué puesto en la Bastilla con todos sus adornos pontificales, porque lo arrestaron en el mismo instante que se disponia á cantar la misa de la Asuncion; La Mothe fué aprisionada, y se ordenó al parlamento formar causa.

Ocasionaron grande estupor en la sociedad escándalos tan nuevos; el ver á un car-

(1) Esto es, firmada, *María Antonieta de Francia*, cuyo título no le convenia por ser austriaca.

denal llevado ante la justicia entre un charlatan y una ramera; una soberana mezclada en asquerosas intrigas; un monarca que sacudia los cimientos del trono, á saber: los privilegios del clero y de la nobleza, que desde muchos años habian servido de blanco porque queria abrirse brecha en lo que constituia las bases de la monarquía: un rey, finalmente, que instaba al público para que dirigiese su maligna mirada hácia los misterios del tálamo, proporcionando al parlamento medios para acrecentar la fermentacion que aquella torpe trama habia motivado, y dando ensanche á su rencor oculto.

Habiéndose sujetado voluntariamente Rohan al fuero del parlamento, aunque incompetente, éste, al cabo de seis meses invertidos en un proceso muy vergonzoso, declaró absueltos á aquel prelado y á Cagliostro, los cuales lograron el honor de una pública ovacion con no poco menoscabo del honor de María Antonieta, y como si hubiesen servido de víctimas á las intrigas de la aborrecida austriaca. La condesa de La Mothe fué condenada por el parlamento á desmentirse de todo lo que habia dicho, llevando una cuerda al cuello, á ser acto continuo azotada, marcada y encarcelada perpetuamente en la Salpetrière; pero habiéndose fugado, desahogó su ira por medio de la prensa, arrastrando por el lodo el nombre de María Antonieta.

ADMINISTRACION.—CATEGORIAS.—POLITICA FRANCESA.

El gobierno francés traia su origen de la conquista y del feudalismo, como todos los demas de Europa. Algunos señores independientes entre sí, y que en nada se diferenciaban, ejercian su poder entre una nacion sujeta y agobiada con las cadenas de la servidumbre, apropiándose todo con la fuerza de su espada, á saber: terreno, jurisdiccion, y derecho de paz y guerra. Despues de prolongadas vicisitudes, empezó á renacer la riqueza de los bienes muebles, y se constituyeron los municipios, que hicieron recobrar así al mercader como al industrial los derechos propios del hombre, á pesar de que existia la opresion que los poseedores ejercian á mano armada. Pero tuvieron que pasar largos años antes de que la fuerza entregara en manos de la justicia y de la razon los privilegios que tenia, y de que se acomodaran á una regla uniforme los hábitos connaturalizados con la violencia y la libertad, ó mas bien la fuerza y la justicia lucharon entre sí durante dilatados años.

Entre el número de los señores feudales, uno, á quien la fortuna se mostró mas propicia, sujetó á los demas; sus sucesores paulatinamente llegaron á dar cierta unidad al territorio francés, y dilataron por do quiera el poder de la fuerza pública, representada en el nombre del monarca; pero habiéndose verificado esto con largos intermedios y de

distintas maneras, los diferentes países se encontraron en posesion de prerogativas, barreras y derechos diferentes, que se fundaban tan solo en prácticas consuetudinarias, y que no llegaron jamas á formar una ley general y una constitucion.

Un monarca sagaz y otro lleno de magnificencia se encontraron en el caso de poder reunir en sí todo el poder de la monarquía, sea inclinando los pueblos á su propia voluntad y obligándolos á la obediencia; sea causando estupor con sus acciones. La monarquía francesa en la época de Enrique IV, lejos de formar la cumbre de la sociedad, llegó á ser su pedestal por haber desaparecido las libertades municipales, y por haberse trasformado la nobleza guerrera en nobleza de corte. Luis XIV, sacando ante todo buen partido de aquellos elementos, que eran mas oportunos para establecer su autoridad y ordenar las cosas, se sirvió en seguida del orden para cimentar el absolutismo, y pudo exclamar: "el Estado soy yo." Y á decir verdad, ningun estorbo legal se oponia á la voluntad del monarca. En efecto el capricho hacia emprender las guerras; la vanidad de los ministros entablaba las alianzas, y Luis interrumpia el curso de sus victorias en Holanda por rendir homenaje á una de sus comblezas; regalaba los tesoros de Francia á sus queridas, y llevaba sus pretensiones hasta intentar un cambio en el orden hereditario de la monarquía para favorecer á sus bastardos.

Pero si los pueblos sacaron ventaja de que los monarcas franceses hubiesen quitado la autoridad de la mano de los señores feudales, acarreó graves perjuicios á los mismos monarcas el haber concentrado todo el poder en sí mismos. En esta circunstancia la conducta de los reyes puede parangonarse á la de un juez, que conservase para su utilidad un robo en vez de restituirlo á aquel á quien legítimamente pertenecia. Habiéndose separado la monarquía, tanto de la nobleza como del clero, y habiendo cesado de representar desde la época de Luis XIV los intereses del pueblo francés, no hacia mas que poner en juego todos sus medios para robustecerse: adquiria siervos con su dinero, pero estaba sin amigos y se esforzaba tan solo en reunir capitales, soldados y toda especie de recursos.

La administracion aspiraba á aumentar cada dia mas su poder despótico, y á separar á los señores de todo lo que pudiese darles alguna influencia acerca de la distribucion ó de la naturaleza de las contribuciones, aun cuando tuviesen referencia á los países que se intitularan de eleccion, porque poseian derecho para elegir comisiones que entendieran en la reparticion de los impuestos. Así es, que el manejo de los negocios hacendísticos tomó el carácter de supremacia, y que fué menester usar de rígidas medidas para que el producto de las rentas se percibiera con seguridad; por lo cual se arrendaban á asentistas, otorgándoles facultades ilimitadas para su